

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Julián Ibáñez

La catequista



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 21 —

SERIE BELLÓN, 10

MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Sniegirova Mariia
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Noviembre, 2018
I.S.B.N: 978-84-949275-7-7
Depósito legal: M-37030-2018
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Empujé la puerta de media tonelada y entré. Me recibió un pasillo corto con paredes de terciopelo azul oscuro y con algo de luz en el techo. Al fondo, a media altura, había un rótulo en letras blancas de neón: *Bar Lord*, con un bastón, unos guantes y un sombrero de copa. Aparté un pesado cortinón y me encontré en un local amplio, con el mismo tapizado azul oscuro en las paredes, con cuadritos virgueros y apliques también virgueros con lamparitas de cuatro bujías ya encendidas. Aunque eran como las doce, en un día frío pero soleado, no había ningún cliente.

A mi derecha había una barra de cuatro o cinco metros, con un apoyabrazos acolchado gris revólver. La atendía un solo barman, un tipo por los cincuenta, con cuatro pelos en la cabeza, chaleco burdeos, pajarita granate y modales copiados de los clientes que le llamaban por su nombre de pila. Estaba haciendo lo que le había enseñado el oficio: no quitarle ojo a las manos del fulano que acababa de aparecer en la puerta, un sujeto por la primera mitad de los cuarenta, con aspecto de ser uno de esos tipos que dicen «encanto» y esas cosas para disimular que es bastante rudo, un sabelotodo a pesar de llevar puesto el único traje de su armario.

Mis zapatos cruzaron sobre la moqueta silenciosa hasta la barra. Apoyé un codo en el cuero y:

—Una cerveza.

El barman dejó transcurrir el par de segundos reglamentarios para darse por enterado de que tenía un cliente, de plantarse delante de mí para tratarme de «señor» preguntándome qué iba a tomar. Le repetí que una cerveza. Esperó otro par de segundos a que terminara la frase dando a entender que podía tomarme mi tiempo.

—Una cualquiera.

No tardé en tener delante de mí un vaso tallado, con escarcha, sobre un posavasos con el mismo lord con el bastón, los guantes y el sombrero.

Me encontraba haciendo un encargo de dos joyerías, una en el barrio de Argüelles y la otra en el de Salamanca, era la razón de que me encontrara en Madrid. Se trataba de llevar un paquete del tamaño de una caja de cerillas, de joyera a joyero, por lo que pensé que podía tratarse de un rizo. Un encargo que metería en mi bolsillo uno de veinte. Me dirigía hacia una boca de metro cuando sentí sed y entré en el primer bar que encontré, el Lord, uno de esos bares donde a partir de las siete se pueden ver tipos con orejas que nunca han sostenido un pitillo; y un montón de rubias, ninguna natural. Añadid que estábamos a finales de enero.

Acababa de empujar el primer trago cuando el cortinón se abrió para dar paso a un fulano al que conocía de Móstoles: Caracol.

Me extrañó encontrármelo en aquel bar y, sobre todo, que su vestimenta no desentonara, porque llevaba puestos

pantalones de pata de elefante, aunque la chaqueta no hacía juego, la camisa tampoco y los zapatos todavía menos. Se cubría la pelota con un sombrero de los buenos, encontrado en el perchero del Club de Campo, seguramente. Era un pingaio que nunca se había metido por la cabeza nada mejor que unos harapos. Aunque recordé que era la segunda vez que le veía con traje y corbata y en los pies unos zapatos. Las cosas debían de irle bien. Pero podía hacerme un par de preguntas, porque era un tipo del montón y aquellas paredes tapizadas nada tenían que ver con él. Yo me encontraba en aquel bar de casualidad.

Era el único cliente así que me vio, pero fingió no estar sorprendido. Se acercó a la barra sin darse prisa y se colocó a mi lado.

—¿Cómo andamos, jefe?

Le hice esperar mi respuesta contemplando la escarcha de la jarra que se estaba evaporando:

—Yo, bien. ¿Y tú?

Apoyó un codo en el apoyabrazos, cruzó las piernas y, con desenfado, sin mirar al barman, pidió de beber, una «Pilsen», o algo por el estilo, como si le hubiera destetado con aquella marca. Recordé que su mote se debía a que de vez en cuando su mujer se escapaba de casa para bajar cremalleras por ahí, lo que le había valido un viaje a Urgencias y a él un curso de carpintería en Ocaña, de eso hacía un año o así.

—¿Quieres un trabajo?

Así, de sopetón, como si me hubiera encontrado en la cola del paro. Empiné otro trago. Luego:

—Puede.

—De chófer.

—No.

No quería trabajos fijos, y menos de chófer, abriéndoles la puerta del Bentley a gilipollas, o llevando a tipos estudiándome el cogote con una navaja en la mano, o con el galgo afgano mojándome la oreja en cada frenada.

—Una semana —insistió—, cubriendo la baja del fijo que está de viaje.

—Una semana —moví el mentón como si tuviera que rumiar la palabra antes de que entrara en mi mollera.

—Una semana, solo una semana —insistió.

—¿A quién hay que llevar?

Antes de responderme echó un trago, lo saboreó, preparándose para darme la estocada:

—A una mujer... y a dos niños. Por la tarde, adonde quieran ir, al cine, o a la casa de fieras, y traerlos de vuelta sanos y salvos. Pagan bien.

Lo pensé. Me vi en el Bentley escuchando violines en la radio mientras los niños le echaban cacahuetes a los monos.

—¿Cuánto?

—No te quejarás.

Bellón tenía una etiqueta con el precio y Caracol, como casi todo el mundo, lo sabía. Empiné de nuevo.

—¿Una semana?

—Ni un día más.

—Quizás me interese.

Me dio el nombre de una urbanización, una calle y un número, en Las Rozas, que a las cinco.

—¿De qué conoces a esa gente?

Dejó caer la sonrisa de su cara y me miró, en sus ojos había una mirada especial, una que llegaba desde más arriba de las nubes.

—Negocios.

—¿Negocios?

—Con el marido.

Me hubiera gustado saber qué marido era ese para liarse en negocios con Caracol. Dejó de mirarme pero, enseguida, lo hizo de nuevo, la mirada especial continuaba allí.

—Escucha. Me conocen como Marcial, ese es mi nombre, nada de Caracol o mierdas de esa. ¿Estamos?

No le contesté, ni siquiera afirmando con la cabeza. Así que Marcial. Mejor que me lo hubiera dicho porque hasta entonces desconocía su nombre de pila. Muy bien, Marcial.

No regresé a Móstoles, no merecía la pena. Eché un bocado en un bar, caminé un par de kilómetros y estuve sentado en un banco viendo pasar a mujeres jóvenes encogidas por el frío, apresurándose hacia el hogar, el último refugio antes de que aparecieran el rey de la casa y los churumbeles. A eso de las cuatro cogí el metro y luego el cercanías hasta Las Rozas.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Al cruzar el arco de ladrillo comprendí que Las Alondras era una urbanización de pasta, con calles anchas para tener en consideración, con pájaros y cigarras guardando un educado silencio, con mansiones del tipo «sería la leche que un tipo como yo viviera aquí» y piscinas olímpicas y sauces desmeledados aunque sin hojas. Y como a un kilómetro de la estación. Una de las calles era Benito Perojo. Ancha y con árboles en las dos aceras por las que nadie transitaba.

El número 16 pertenecía a eso que llamamos una mansión. No era un edificio bonito, por lo menos lo que se veía desde la calle, de dos plantas y buhardillas, blanco y azul pizarra, con media docena de chimeneas como si les hubieran robado todas las mantas.

Había una cancela y una puerta de servicio con un telefonillo en la jamba derecha. Llamé y, cuando me respondieron, dije que venía de parte de Marcial; una voz fría de hombre me contestó «sí», como si le tuviera subido a la espalda, y «por la puerta de servicio». Se oyó el clic de la cerradura. Abrí, me disponía a entrar cuando comenzó a descorrerse la cancela.

Se trataba de un BMW azul oscuro, no le había oído llegar. Enfiló la cancela para entrar, esperó unos segundos a que se abriera del todo y la cruzó.

El rostro del fulano al volante puso un nombre en mi cabeza, un tal Nico. Sí, era él, no había duda. Salía todos los días en los periódicos y en la televisión abrían las noticias con él, con su jeta mirando fijamente a la cámara, como si en una formación de reclutas uno de ellos se hubiera atrevido a respirar. Siempre rodeado de tipos más altos que él, y mejor peinados, pero él era el centro del tiovivo y el resto resultaban tan desdibujados como los caballitos. Era menudo, a primera vista no gran cosa, pero el noventa por ciento de su porte correspondía a su mirada. Como ahora, que había vuelto la cabeza para estudiar mi cara, con una mirada maciza, sin achinar los ojos, que yo sentí como dos puñales que me abrían en canal antes de arrojar en mi regazo una sonrisa feroz. Podía calcularle por los cincuenta... un par de años más, o un par de años menos.

Era dueño de un equipo de fútbol, por eso salía en los periódicos, y muchos peces gordos se peleaban por encenderle los puros. También tenía otros negocios, de todo un poco, algo había oído sobre una productora de películas, construcción y todo eso. Se llamaba Nicolás, Nicolás seguido de Baraja, o algo así, los de la radio, como si tuvieran permiso para apoyar el brazo sobre su hombro, le llamaban Nico.

Seguramente me había tomado por el novio de una de las criadas, o quizás un tipo que traía un telegrama.

En la entrada de servicio me esperaba un fulano. Demasiado tieso y con un semblante demasiado severo, lo más probable era que en aquella mansión ejerciera de lacayo y se acabara

de enterar de que el amo había llegado. Tenía un ojo pocho, el derecho, no lo cubría con nada, aunque casi todo el globo ocular era una nube de color gris.

—Tarde —se limitó a recriminarme.

—No tengo reloj.

—Vamos.

Me llevó a un adosado que debía ser el garaje. Volvió la cabeza.

—Miguelón —me dijo como si fuera la consigna de aquella tarde. Supuse que era su nombre, al parecer su nombre de guerra. Porque era un tío grande, quizás un par de dedos más alto que yo, enseguida pensé cuántos asaltos me resistiría, para a continuación decirme que yo iniciaría la pelea con un buen punterazo en la espinilla antes de que él levantara los puños. Tenía una cabeza casi cuadrada, con un rostro sólido y viejo y una boca normal, algo torcida.

Delante de la puerta del garaje estaba un Audi blanco.

—El fijo está de baja, una semana. Espera aquí.

Recordé que Caracol me había dicho que estaba de viaje. Quizás había ido a un balneario.

Debía tratarse del buga que tenía que conducir. Estaba bien, pero no era el Bentley que yo esperaba, así que, sin razón, me sentí un poco decepcionado.

Esperé, habría ido en busca de la señora. Era de suponer que ésta seguiría el modelo del marido, seguramente una actriz veinte años más joven y un par de palmos más alta que él, pero eso que importaba (porque a algunos tipos bajitos la regla de